

bajo la conducta de la Santísima Virgen, figuraron, después de los apóstoles, como las primeras glorias de la Iglesia.

3º El tercer fruto de la oración es el exaltarnos a la dignidad de hijos de Dios. En efecto, por la oración el Señor nos obliga a practicar todas aquellas disposiciones interiores que nos ensalzan al honor de hijos suyos. Así se ve en la Cananea, que era figura de la Iglesia venida de la Gentilidad. «Nosotros, dice TEOFILACTO, *descendientes de padres gentiles, que formamos al presente la verdadera Iglesia, hemos parecido ser despreciados en los siglos anteriores a Cristo, mientras todos los beneficios divinos eran concedidos a los hijos, al pueblo judío; pero luego, a causa de nuestra fe, confianza y humildad, hemos sido contados entre los hijos de Dios y, a este título, alimentados con el alimento sacramental del cuerpo de Cristo*».

4º Cuarto fruto de la oración: por ella escapamos a la tiranía del demonio. Es otro de los misterios contenidos en la historia de la Cananea. La hija de la Cananea, vejada por el demonio, representa, al decir de SAN JERÓNIMO, el alma de todo cristiano que se entrega a las pasiones, que son las armas con que el demonio ejerce su tiranía sobre las almas; y el único medio para arrancar de las garras del demonio el alma así herida y esclavizada es la oración, de la que la Cananea nos ha dado tan hermoso ejemplo.

Conclusión.

La Cananea nos enseña, en definitiva, que *el Espíritu de oración* comienza por dejar la tierra de los ídolos, esto es, los errores y los ruidos del mundo y de las pasiones, y sigue luego a Jesús en la casa donde se oculta, que es la Iglesia. Allí, prosternado a sus pies, lo adora.

La Cananea nos enseña también que *el Espíritu de oración*, apoyándose en la piedra inmovible de la fe, y elevándose con las alas de la confianza y de la humildad, penetra los cielos y se presenta ante el trono de Dios, esperando con una paciencia invencible y una firmeza constante el momento en que plazca a Dios derramar sobre ella sus misericordias.

Y Jesucristo, por su parte, nos hace ver por qué *el Espíritu de gracia* parece al comienzo ser sordo a nuestras súplicas, insensible a nuestras miserias, a nuestras humillaciones, a nuestros dolores; y que sólo después de haber puesto a dura prueba nuestra paciencia y nuestra fidelidad, se declara en favor nuestro, y nos concede entonces más de lo que le hemos pedido.

Así se nos inculca que, por muy irritado que Dios esté contra nosotros, la oración lo aplaca; que por muy grande que sea la distancia que nos separa de El, la oración nos lo acerca; y que, por muy reticente que parezca en otorgarnos sus dones, la oración lo conmueve y lo lleva a concedernos cuanto necesitamos.

La mujer cananea y el espíritu de oración

Uno de los errores más funestos de la filosofía antigua era pensar que *el hombre no tiene necesidad de Dios para conocer la verdad ni para practicar la virtud*. El hombre, desconociendo así su miseria y no invocando a Dios para remediarla, se extravió fuera de los senderos de la justicia.

Para sacar al hombre de este triste abismo, Nuestro Señor «*derramó sobre la casa de David, que es la Iglesia, y sobre sus habitantes, los fieles cristianos, el Espíritu de gracia y de oración*» (Zac. 12 10), esto es, el Espíritu Santo, que recibe este hermoso nombre por cuanto sugiere a las almas fieles las cosas que deben pedirle, para derramar luego sobre ellos su misericordia, concediéndoles lo que han solicitado de su bondad.

Sobre este mismo *Espíritu de oración y de gracia* quiso Nuestro Señor darnos en el Evangelio un acabado ejemplo en la mujer cananea, mostrándonos en su historia (Mt. 15 21-28) los sentimientos que la *oración* supone y las condiciones de que debe estar revestida, para que sea agradable a Dios y nos alcance las *gracias* y favores que nuestra indigencia le suplica.

1º Condiciones del Espíritu de oración.

Dice el Evangelio que «*Jesús, saliendo de allí, de Palestina, se retiró a la región de Tiro y de Sidón*», esto es, hacia la Fenicia, no para abandonar a los judíos, a los que había sido enviado, sino para prefigurar la futura conversión de los gentiles, a los que debería ir luego por causa de la resistencia de su pueblo. Y apenas había puesto allí el pie, cuando «*una mujer cananea, que había salido de aquel territorio, habiendo oído hablar de él, gritaba diciendo: ¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David! Mi hija está malamente endemoniada*». Esta mujer, según SAN BEDA, es figura de la Iglesia de los Gentiles, que habiendo oído hablar de Jesús por la predicación de los Apóstoles, al punto sale de su territorio, el paganismo, para ir al encuentro del Señor. Y en ella está representada la oración bien hecha.

1º Primera condición de la oración: la fe. En su sencillez, el lenguaje de la Cananea es muy exacto: empieza por llamar a Jesús «*Señor, hijo de David*», expresión con la que resume su fe en su divinidad, y su fe en su humanidad; su fe en su omnipotencia, y su fe en su misericordia.

2º Segunda condición de la oración: la confianza total. Según ORÍGENES, las mismas palabras con que la Cananea expresa su fe son a la vez testimonio de su confianza, como diciendo: «*Jesús, que siendo Dios, te has hecho hijo de David, muy grande es la confianza que me inspiras. Tiemblen los ángeles en el cielo ante el Dios-Dios; yo no temeré acercarme al Dios-Hombre, que para eso se ha hecho uno de nosotros, para que yo pueda presentarme ante El sin temor alguno, y hablarle como a mi igual*».

3º Tercera condición de la oración: la humildad. Por muy desgraciada que la haga el mal que sufre su hija, la mujer cananea reconoce que no tiene ningún mérito y ningún derecho a obtener del Señor lo que le pide; y por eso le implora con palabras propias de un miserable: «*¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David!*». No tardaremos en ver hasta dónde llega la humildad de esta mujer, cuando acepte ser comparada a un perrito y se valga de ese mismo apelativo para alcanzar lo que pide. Y es que la tercera condición de nuestra oración es el sentimiento de nuestra miseria e indignidad; de modo que, al rezar, hemos de aportar ante Dios, juntamente con el corazón confiado, un espíritu profundamente humillado, que se crea indigno de todo, y todo lo espere de la pura liberalidad de Dios.

4º Cuarta condición de la oración: el fervor. La mujer cananea no habla de labios para afuera, sino que el grito de su oración le sale muy de dentro; y para mejor conmover al Señor, le describe brevemente la historia de su profundo dolor, provocado por el estado de su hija endemoniada.

5º Quinta condición de la oración: la perseverancia. Sobre todo, quiere Nuestro Señor que nuestra oración sea perseverante; y sobre este punto de cuatro maneras pone Jesús a prueba la oración de la Cananea, para presentarla como modelo de nuestras oraciones:

• *La primera, no escuchando la súplica de la mujer:* «*Pero él no le respondió palabra*». Jesús, tan bondadoso con todos, parece no dejarse conmover por la desgracia de esta mujer. Pero no por dureza, dice SAN JUAN CRISÓSTOMO; sino porque, conociendo el temple de su alma, quería hacer resaltar, con esta aparente negativa, su perseverancia y confianza. «*Sus discípulos, acercándose, le rogaban: Concédesele, que viene gritando detrás de nosotros*». Donde se nos enseña que en nuestra oración hemos de acudir también a la intercesión de los Santos, a fin de que hagan suyos nuestros intereses, y aboguen por nosotros.

• *La segunda, dando un no formal a su pedido:* «*Respondió él: No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel*».

• *La tercera, escondiéndose de su presencia:* «*Entrando en una casa quería que nadie lo supiese, pero no logró pasar inadvertido*»; para provocar la búsqueda ansiosa, pero esperanzada, de la mujer cananea: «*Ella, no obstante, vino a postrarse ante él y le dijo: ¡Señor, socórreme!*».

• *La cuarta, afrentándola delante de todos:* «*El respondió: No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos*». Aquí es donde brilla la tenacidad de esta mujer; pues, al decir de los Santos Padres, por su profunda humildad, aceptando el calificativo de perrito, con el que el Señor parece decirle: «*No me está permitido;*

no es conveniente», ella discute con el Señor y lo transforma en argumento para ser escuchada: «*Sí, Señor –repuso ella–, pues también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos*».

Esta mujer cananea, que así sigue a Jesús con sus pedidos, a pesar de que El parezca volverle la espalda, es figura de la Iglesia militante, que sigue a su Esposo ausente, pidiéndole por el bien de las almas que le han sido confiadas, y que están simbolizadas por la hija poseída del demonio. Y es que la Iglesia, en la persona de sus religiosos, religiosas y sacerdotes, hace ya veinte siglos que clama tras su Esposo que le da la espalda, esto es, que se ausentó de Ella por la Ascensión; lo cual en nada disminuye su fe y confianza en que será escuchada, antes bien, la hace perseverar continuamente en la oración.

2º El Espíritu de gracia y su dispensación.

Cuando la *oración* ha cumplido su papel, no falta jamás la *gracia* pedida. Así le sucedió a la Cananea: había cumplido todas las condiciones de la oración; no se podía esperar de ella más fe, ni más confianza, ni más humildad, ni más perseverancia. Por eso mismo, merecía recibir lo que pedía. «*Entonces Jesús le respondió: Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas. Y desde aquel momento quedó curada su hija*». De modo que en ella se realizó perfectamente la promesa de Jesús: «*Quien busca encuentra, quien pide recibe, a quien llama se le abre*» (Mt. 7 8). Pero veamos trazados aquí los beneficios de la oración bien hecha.

1º El primer fruto de la oración bien hecha es la purificación interior que hace nuestras almas agradables a Dios. En efecto, claramente se ve cómo Nuestro Señor encomia a la mujer cananea: • acaba de llamarla *perrito*, y ahora la llama *mujer*, elevándola a la altura de la mujer fuerte y heroica, la que cautiva el corazón de Dios; • ha parecido despreciarla, mas ahora ensalza *la grandeza de su fe*; y lo mismo podría decir de todas sus demás virtudes: la confianza, la humildad, la perseverancia; • ha hecho semblante de rechazarla, y la mima ahora como al más querido de los hijos, poniéndola como modelo de oración para todos los cristianos.

2º El segundo fruto de la oración son los beneficios que nos alcanza del Señor, y que son más abundantes de lo que pudimos pedirle. Así pasó con la Cananea: pedía la curación de su hija, y recibió mucho más que eso; pues el perfecto Salvador de los hombres, Jesucristo, en cada uno de sus milagros, sanaba a todo el hombre, convirtiendo interiormente a las almas de quienes se veían sanados exteriormente. Por eso es de creer: • que la Cananea, al obtener para su hija la liberación del demonio que la poseía, obtuvo al mismo tiempo para ella la salvación del alma; • que tanto madre como hija, abjurando del culto de los ídolos, se convirtieron al conocimiento del Dios verdadero, y de su Hijo Jesucristo; • y que, desde ese momento, ambas pasaron a ser sus abnegadas discípulas, formando parte de las santas mujeres que, siguiendo al Señor en sus viajes, asistieron a su muerte, fueron los primeros testigos de su resurrección, y,